

PEDRO SEVILLA

EL AMOR ES AHORA



LIBROS CANTO Y CUENTO

CAPÍTULO I

MÍ MADRE, niña otra vez, mi anciana madre otra vez niña, devuelta a la infancia por el Alzheimer, lee con mucho tropiezo unos versitos a San Antonio de Padua que le han facilitado en el centro asistencial donde acude martes, jueves y viernes. El Alzheimer nos roba nuestro pasado, nos saquea la biografía, y según las monitoras del centro son buenos estos ejercicios de lectura en los que nos empeñamos algunas tardes, cuando el sol de junio derrama sobre las calles, sobre la azotea de la casa, sobre el campo, su alquitrán amarillo.

“Divino Antonio precioso/ suplícale a Dios inmenso/ que por Su gracia divina/alumbre mi entendimiento”. Mi madre lee despacio el poema de los pajaritos y San Antonio, exagerando el seseo falso que utilizamos los del pueblo cuando leemos en voz alta. Lee despacio, tropezando en el pedregal de las letras, pero aun así, cuando

termina una estrofa me dice que está muy bien enversado, su manera de explicar que le suena el ancestral tam tam de la rima.

—Está muy bien enversado, qué dolor. Mi abuela se llamaba Antonia y quería mucho a San Antonio.

—Tu abuela no, omá. Tu madre.

—Mi madre— repite ella con un gesto de fastidio, enfadándose consigo misma.

En el centro nos tienen dicho que es conveniente no dejar a los enfermos persistir en sus desajustes temporales y familiares, sino corregirlos cuando confunden a los padres con los hermanos, o cuando te preguntan si conociste a su abuela Ángela, que murió antes de la Guerra Civil.

La lectura avanza tortuosa, aliviada sólo por la rima, y mientras la santidad del niño del cuento consigue amaestrar el vuelo de los pájaros en la monótona y seseante cantinela de mi madre, pienso que en otro siglo, en otra casa, bajo este mismo sol de junio, mi madre me hacía leer la cartas al lejano padre, o los primeros libros de texto. La historia, dicen, vuelve a veces como far-

sa pero la lectura vuelve siempre como ternura, y yo trato de pagar a mi madre niña, a mi madre sin memoria, con la misma ternura que ella empleaba para enseñarme este bosque de letras que levantan mundos, que crean vida, donde a veces me pierdo para encontrarme mejor. Ahora soy yo quien la enseño a ella, o quien oigo cómo lee los rótulos de las calles, igual que los leía el niño que fui cuando iba de su mano, por la cal de otro siglo:

–Jun-ta de An-da-lu-cía. Con-se-je-rí-a de Obras Pú-bli-cas. Pro-yec to de cana-li.

–Déjalo, omá. Sigue andando, anda...

Las tardes de lectura en la casa, preferentemente de obras pías, resguardados del sol, o los paseos del atardecer, al sol puesto, me han traído a la niña que no conocí, a la niña que fue mi madre y que ahora renace con la enfermedad, con el olvido. Nací de su vientre adolescente, así que he vivido toda su juventud ensimismada, su dolorida madurez y esta vejez incierta. Me faltaba la niña y la tengo ahora, y la recreo en los primeros años cuarenta al cobijo de los ojos azules de su madre, a quien ahora confunde con